

## X

La versión de los hechos presentada escuetamente por Walter sonaba a una consecuencia tardía de una aguda crisis entre dos estados de ánimos opuestos, aunque el joven más bien parecía estar preso de una especie de *bitemporalidad* desconocida para Fabricio, quien se encontraba en el *Estudio Balestra* desconcertado por los síntomas del músico. Al salir de la habitación en la que su paciente seguía confundido y visiblemente abatido, Fabricio encaró a los compañeros de Walter que se habían parado en una especie de semicírculo.

-¿Qué está tomando su amigo?

-Medicamentos creo que ninguno -respondió Sergio.

-No me refería sólo a eso. Si voy a ayudar a Walter necesito que me sean completamente sinceros. Yo también tengo amigos rockeros y cada uno tiene sus vicios...

-Walter no consume drogas sociales -el bajista reafirmó su argumento moviendo el dedo índice de su mano derecha de un lado al otro-. Nunca fue de tomar nada de eso. Sí fuma y toma alcohol, pero no más que eso. ¿No es cierto? -Sergio dirigió una mirada al resto de sus compañeros de la banda.

Francisco, Daniel y Carlos asintieron con más asombro que dudas.

-De acuerdo. Entonces, ¿saben si tuvo hoy algún tipo de accidente en el que se haya podido golpear fuertemente la cabeza?

-Yo estuve con él desde temprano y no le pasó absolutamente nada de eso - intervino Francisco.

-Y yo lo vi anoche y tampoco: no hubo ningún accidente ni golpe. Nada de nada -agregó Sergio.

-¿Cuándo empezó a mostrar estos síntomas?

-Apenas salimos del túnel, justo después del apagón –Francisco, con los brazos en jarra, se quedó viendo a Fabricio, quien le devolvió una mirada con el entrecejo levantado y acompañada de un ligero movimiento ascendente de la cabeza.

-¿Pasa algo? -preguntó Fabricio.

-No, nada. Sólo que me resulta cara conocida -respondió el baterista.

-Yo te conozco –Fabricio señaló a Francisco con el índice extendido-. Ustedes son la banda que hace un tiempo tocó en el teatro que está al lado de mi casa y armaron un lío bárbaro con los autos estacionados, ¿no?

-Sí, pero eso fue como hace cuatro años –indicó el baterista-. ¡Qué memoria!

-Claro que me acuerdo –retomó Fabricio-. Con razón me sonaba el nombre de la banda cuando lo vi escrito en la camioneta estacionada afuera.

-Entonces usted debe ser el vecino que no podía sacar su auto para ir a pasear con su mujer y su hija, ¿no?

-Precisamente. Veo que no soy el único memorioso aquí –Fabricio y Francisco sonrieron al mismo tiempo, quizás como un reflejo inconsciente para liberar tensiones en medio de una situación en la que no predominaban la gracia ni el buen humor.

-Bueno, bueno -intercedió Sergio-, resulta que nos conocemos todos y el mundo es un pañuelo, pero mejor preocupémonos por nuestro problema actual.

-Tiene razón. No podemos perder más tiempo –Fabricio retomó su gesto serio habitual, el mismo con el que había arribado al estudio-. Así que cuéntenme, ¿qué pasó entonces en el túnel? Hablaron de un apagón. ¿Cómo fue exactamente?

-¿Cómo? ¿Usted no lo sabe? Pensábamos que había tardado en llegar acá porque, justamente, estaba afectado al operativo en el túnel –Sergio miró a Fabricio extrañado.

-No, no –el médico a domicilio se encogió de hombros-. Ya había terminado mi turno y estaba llegando a casa cuando me llamaron como apoyo porque las demás unidades disponibles se habían ido para ese lugar, pero antes de que yo pudiera llegar hasta el túnel me derivaron para acá.

-Igual, no sabemos qué fue lo que pasó allá -continuó el bajista.

-¿Pero ustedes se sienten bien o tienen los mismos síntomas que su amigo?

-Nosotros dos estamos bien, ¿no Francis?

-Sí, perfecto.

-Entonces su amigo tiene otro problema. Algo más complejo y de vieja data.

-¿Cómo qué? –preguntó Sergio-. Porque esta es la primera vez que le pasa algo así

-No podría decirlo con exactitud. Pero, quizás, el incidente en el túnel funcionó como un detonante, como disparador de una patología de base. ¿Saben si tuvo algún incidente traumático en el pasado?

-La verdad que no. De los que estamos acá, soy el que hace más tiempo lo conoce. Lo único que me contó es que un año antes de conocernos, sus padres habían muerto en un accidente en la montaña –comentó el bajista.

-Bueno, va a tener que ir a ver a una especialista. Muchachos, necesito que me ayuden a calmarlo y convencerlo de que nos deje trasladarlo cuanto antes a una clínica.

Mientras tanto, dentro de la habitación, Walter comenzaba a inquietarse ya que el dolor de cabeza desaparecía de a poco y regresaban a su mente y cuerpo cierta lucidez y algo de energía, respectivamente.

Por su parte, Enrique, al advertir que el joven patagónico quería abrir la puerta para salir, se le adelantó y lo regresó a la cama en la que se quedó sentado junto a él y hasta lo abrazó para contenerlo.

-Voy a llamar ya mismo a una ambulancia para que lo trasladen lo antes posible

-Fabricio extrajo un teléfono celular de uno de los bolsillos de su pantalón.

-Espere un poco, doctor, capaz que ya se le pasa y lo podemos llevar a la clínica en otro momento, cuando esté más tranquilo -dijo Sergio.

Fabricio observó los ojos del bajista llenos de miedo y volvió a guardar el teléfono en su bolsillo.

-¿No tiene un calmante para darle? -intervino Francisco.

-Sí, tengo.

-Entonces, ¿por qué no se lo damos ahora y esperamos hasta mañana?

El médico advirtió que la pregunta del baterista era más bien una sugerencia acompañada de una firmeza que crecía con el correr de los segundos y que se manifestaba en su mirada, al igual que ocurría con la postura de Sergio. Así, los tres hombres permanecieron parados, dos contra uno, hasta que Fabricio se agachó, tomó su maletín de cuero y lo colocó sobre la mesa ratona. Luego se sentó en el sillón, ante la atenta vigilia de los jóvenes, y del maletín extrajo un cuaderno cuadriculado, de tapa dura y con un forro azul todo despellejado. Y junto al mismo colocó su lapicera de tinta negra.

-Perdone, pero, ¿qué está haciendo? -preguntó Carlos acercándose hasta Fabricio, quien leía con suma concentración el contenido de las páginas manuscritas.

-Dejalo, Charly ¿No ves que nos quiere dar una mano? -interfirió Sergio.

-Si quieren que ayude a su amigo, déjenme hacer algunas consultas -indicó Fabricio sin levantar la vista de las hojas de papel amarillento y repletas de frases, números y fórmulas-. Alguien muy sabio me dijo una vez que las cosas no pasan porque sí, que siempre hay una razón para todo y que no hay grandes misterios en la vida.

-¡Guau! ¡Qué profundo! –Ironizó el bajista mirando de reojo el cuaderno que sostenía Fabricio-. ¿Y quién le dijo eso?

-Mi hermano. El que escribió todo esto -el médico a domicilio levantó la cabeza por un instante y alzó el cuaderno, como si estuviese exhibiendo un valioso trofeo.

¡Ah bueno!, este tipo está más loco que Walter, pensó el bajista, quien prefirió callar al igual que el resto de los presentes.

“Él sabía que esto iba a pasar”, dijo por lo bajo Fabricio mientras leía con atención el cuaderno de anotaciones, uno de los tantos en los que su hermano Ángel había documentado las investigaciones científicas que había realizado durante su carrera profesional. “Por algo insistió en que siempre llevara este cuaderno conmigo”, masculló el médico sin apartar la vista de las páginas que pasaban una tras otra entre sus finos dedos hasta que se detuvo en una de ellas, en la que hizo una marca con su lapicera negra. “¡Esto es!”, exclamó poniéndose de pie y luego caminó hasta el interior de la habitación donde Walter seguía sentado en la cama y, a su lado, Enrique intentaba mantenerlo bajo control.

-Por favor, déjenme ir. Yo no tengo plata ni familia, no les sirvo de nada -rogó el joven patagónico.

-Walter, quedate tranquilo. No te vamos a hacer nada malo. Sólo queremos que te mejores -respondió el dueño del estudio mientras Fabricio y Sergio se paraban delante de ambos esperando su turno para intervenir.

Por su parte, Daniel, Francisco y Carlos se quedaron en el umbral, expectantes.

-Walter, escuchame -arrancó Fabricio poniéndose en cuclillas delante del joven para poder verlo a la cara. Una vez que hizo contacto visual, depositó la lapicera en el bolsillo del saco con una mano, al tiempo que en la otra sostenía el cuaderno abierto en

la página marcada-: cuando pase de nuevo, cuando creas que estás otra vez en 2001, necesito que hagas algo que te va a ayudar. ¿Me seguís?

La pregunta retumbó en la adolorida cabeza del muchacho como si se trata de un trueno, por lo que tardó unos instantes en asentir.

-¿Qué tengo que hacer? –Walter miró fijamente a Fabricio.

-Por lo que me dijiste, vos estás en Capital, así que tenés que ir cuanto antes a *Ciudad Universitaria*. ¿Sabés dónde queda?

-Sí, pero no entiendo.

-Escuchame bien, esto es muy importante. Tenés que ir a buscar a mi hermano, Ángel Quesada, al Pabellón 2, ¿sí? Acordate: está en el Pabellón 2.

-Pero, ¿por qué?

-Porque en esa época él era un científico reconocido que trabajaba de profesor y, a su vez, investigaba distintos tipos de fenómenos, algunos de los cuáles podrían estar relacionados con lo que te está pasando ahora y creo que podría ayudarte.

Entonces Walter tomó la lapicera de Fabricio y escribió en su palma izquierda, en una imprenta prácticamente ilegible por lo diminuta: “Ángel Quesada-Pabellón 2-Ciudad Universitaria”.

-¿Y por qué carajo tiene que ir a ver a su hermano al pasado en vez de ayudarlo ahora? -preguntó Sergio al advertir el desconcierto no sólo de Walter sino también del resto de los presentes que trataban de seguir con atención las indicaciones de Fabricio.

-Porque mi hermano está muerto –los músculos del médico se tensaron casi al punto del desgarró-. Falleció hace unos años.

-Lo siento mucho –se disculpó Sergio, avergonzado.

-No hay problema. No tenías por qué saberlo.

-¿Y usted no lo puede ayudar acá mismo?

-Yo soy un simple médico a domicilio. Lo que podría hacer es derivar a su amigo a una clínica para que lo llenen de drogas y le hagan una batería de estudios y análisis, pero ustedes no quieren eso, así que no me dejan otra alternativa.

-Está bien. Siga. Si dice que su hermano es el único que me va a ayudar a saber qué me está pasando voy a hacer lo que me diga -señaló Walter con los ojos bien abiertos, la frente en alto y sentado en la cama con ambas manos apoyadas sobre sus muslos, a la altura de las rodillas.

-Muy Bien. Entonces, cuando encuentres a Ángel en su oficina necesito que le digas que yo te envié y si no te cree decíle que vos sabés que él prefiere los conejos a las ratas.

-¿Conejos? ¿Ratas? ¿Qué tienen que ver con todo esto?

-Confía en mí.

-Está bien. ¿Qué más tengo que hacer?

-Sólo acordate de decirle quien te envió y lo de los conejos y las ratas -Fabricio cerró el cuaderno, se puso de pie y estiró su mano para ayudar a Walter a pararse-. ¡Ah! y bajo ningún motivo le digas que él se va a morir. Eso es muy, pero muy importante.

Pero apenas el médico terminó de hablar, Walter se desplomó en la cama, golpeando su cabeza contra el hombro de Sergio, quien se había sentado del lado que había dejado libre Enrique. El bajista lo tomó en sus brazos y lo acostó con la ayuda de Fabricio, quien no alcanzó a atajarlo cuando se cayó de espaldas, al tiempo que el *manager* se agarraba de los pocos pelos que le cubrían la cabeza.

-¡¿Qué carajo está pasando acá?! -exclamó Carlos-. Esto está cada vez peor y no pienso hacerme responsable. Y Enrique tampoco.

-No jodas. Esto ya está fuera del ámbito musical. Walter es nuestro amigo y somos la única familia que tiene -retrucó Sergio adoptando el mismo tono con el que

siempre discutía sobre canciones y shows, en casi todos los casos, para acompañar la posición de su compañero inconsciente.

-Carlos tiene razón. Esto no debería ser así -sostuvo el dueño del estudio y se volvió hacia Fabricio-. Si usted quiere que yo no lo denuncie, llame ya a una ambulancia.

El médico miró a los chicos con resignación y volvió a sacar su celular del bolsillo. Después marcó el número del Servicio Médico Municipal pero no pudo comunicarse. Entonces, Enrique le señaló inmediatamente el teléfono fijo de su oficina, por lo que Fabricio se dirigió hasta el escritorio y llamó desde ese aparato. Esta vez, lo atendieron, pero la respuesta fue que por el momento no había unidades disponibles y que iba a tener que esperar. “Yo ya hice todo lo que pude ¿Por qué habría de denunciarme?”, le dijo al dueño del estudio al cortar la comunicación.

Este pelotudo ricachón no me va a amenazar, pensó el médico.

En tanto, Sergio, Francisco y Daniel permanecieron quietos junto a Walter y Carlos caminaba desde el dormitorio hasta la oficina cabizbajo.

*Ángel Quesada* estaba sentado detrás de su escritorio cubierto por una pila de papeles que había comenzado a guardar, apurado. Algunos fueron a parar a los cajones del viejo mueble de algarrobo, otro tanto al interior de su portafolio. Los primeros eran trabajo para el día siguiente, los del segundo grupo, en tanto, se subdividían entre los que iba a necesitar para la reunión a la que ya estaba llegando tarde y los que tenía pensado corregir en su casa, después cenar y justo antes de ir a dormir.

Su despacho estaba ubicado en un rincón oscuro y alejado del primer piso del Pabellón 2 de Ciudad Universitaria. Por entonces, el pabellón estaba completamente adornado por los afiches y banderas de las agrupaciones políticas juveniles que se



preparaban para las nuevas elecciones en los centros de estudiantes. Además, los pisos de los pasillos se encontraban cubiertos por distintos tipos de folletos y panfletos que los alumnos, al pasar, arrojaban por el aire.

Pero la oficina de Ángel era como una especie de cueva que le permitía al profesor mantenerse alejado de toda la agitación política, aunque si aún pretendía llegar a tiempo a la reunión que tenía programada, el hermano mayor de Fabricio no iba a tener más remedio que atravesar el convulsionado pabellón de punta a punta, como si se tratara de una carrera con obstáculos.

Ángel terminó de guardar todos sus papeles, constató que en el interior de su portafolio tenía todo lo necesario y apagó la lámpara ubicada sobre el escritorio. Pero antes de salir de su oficina, sonó el teléfono.

-Hola, ¿Ángel?

-¿Sí?

-Me dijo Fabri que tenías ganas de venir a cenar a casa y quería saber a qué hora, más o menos, pensabas llegar, así preparo la comida -dijo Analía del otro lado de la línea.

-Hola Ana, ¿cómo andas?

-Yo ando bien, gracias, ¿vos cómo estás? Me parece que algo distraído porque no me reconociste la voz.

-Perdón, Ani. Es que estoy con mucho trabajo.

-Me imagino. Según tu hermano ya sos toda una eminencia.

-Bueno, tampoco es para que me tomes el pelo, nena -dijo Ángel entre risas y luego se sentó nuevamente en su silla reclinable que chillaba cada vez que recibía el peso de su cuerpo, y eso que no estaba para nada excedido, por el contrario-. Justo te estaba por llamar para avisarte que tengo una reunión y no sé cuánto me va a demorar.

-¡Qué mentiroso! Si ya te había olvidado, seguramente.

-No me había olvidado de la cena. En serio.

-¡Todos los Quesada son iguales, eh! Bueno, excepto Don Agustín, que en paz descansa.

-Epa, ¿qué pasa? Mirá que yo no soy tu marido para que cagues a pedos.

-Tenés razón. Pasa que me costó mucho convencer a tu querido hermanito para que hoy trate de llegar temprano así cenamos en un horario razonable.

-Te entiendo Ani. Pero no tenés que hacerte tanto problema porque Fabri se pasa la mayor parte del día fuera de su casa. Él está trabajando. Los Quesada somos así, laburantes pero, sobre todo, buena gente.

-Bue...

-Fuera de broma –la voz de Ángel adquirió esa seriedad que él solía emplear cuando dictaba clases-. Fabri es un buen marido y seguro va a ser un excelente padre.

-Sí, lo sé.

-Entonces si lo sabés, no lo presiones. Bastante tuvo con todo lo que lo torturó nuestro padre.

-Eso también fue tu culpa, en parte.

-¿Mi culpa?

-Y sí. Como vos siempre fuiste el hijo perfecto y tu papá quería que Fabri fuera igual...

-Yo no era el que le decía a Fabri que como no tenía mi inteligencia iba a tener que esforzarse siempre el doble. ¡Ojo, eh!

-Está bien. No quiero discutir con otro Quesada. Suficiente por hoy.

-Ani, relajate, ¿sí? En tu estado tenés que estar tranquila sino el bebé va a ser un manojito de nervios.

- Ya lo sé. Pero falta tan poco que me gana la ansiedad.
- Eso es absolutamente normal. ¿Y cómo anda esa panza?
- Como si fuera a explotar en cualquier momento.
- Bueno, cuidate y cuida a mi sobrino. Lucas es el nombre que eligieron, ¿no?
- Todavía no está definido. Vamos a ver.
- Está bien. Te dejo que me tengo que ir a la reunión.
- Dale, dale. ¡Ah!, casi me olvido: ¿vas a venir solo o acompañado?
- ¿Y con quién voy a ir?
- No sé. Quizás tenés una nueva novia y no nos contaste nada.
- No divagues, nena. Sigo soltero y sin apuro.
- Para eso sí que no tenés ningún apuro, ¿no?
- ¡Jajá! Siempre igual vos: metiendo presión.
- No es así.
- Ok, cuñada, ahora si tengo que cortar. Chau.
- Chau.

Ángel colgó el teléfono, se levantó de la silla, volvió a apagar la lámpara que había encendido en medio de la charla con Analía y salió casi a la carrera hacia el ala opuesta del edificio donde lo esperaban sus colegas y un grupo nutrido de estudiantes próximos a recibir sus diplomas y que buscaban definir sus respectivas tesis para, finalmente, incorporarse a sus investigaciones.

Lo único bueno de todo este cotillón es que disimula que el edificio se está cayendo a pedazos, pensó Ángel mientras recorría el pasillo. Y como cada vez que se detenía a analizar el estado edilicio de la Universidad no pudo evitar preguntarse ¿qué hacía el Rectorado con toda la plata que le asignaba el gobierno? Porque era evidente

que al área de infraestructura esos recursos no llegaban y a los sueldos de los empleados mucho menos.

El profesor alejó esos pensamientos nocivos de su cabeza y se concentró en los temas que se iban a tratar en la reunión. Aceleró el paso sobre las baldosas que resonaban bajos sus zapatos mientras los últimos soles de la jornada se filtraban entre los pocos espacios libres que dejaban las telas y cartones decorados con distintas propuestas y leyendas referidas a los personajes de la vida política de la institución.

Los jóvenes estudiantes ocupaban el patio interno de la planta baja del pabellón en pequeños grupos y al pasar junto a ellos, Ángel pensó en lo difícil que le iba a resultar, al finalizar la reunión, correr nuevamente por allí hacia la puerta y desde allí hasta el estacionamiento donde se subiría a su auto y manejaría unos 40 minutos hasta la casa de su hermano menor.

Walter recuperó el conocimiento y se halló adentro de la cabina telefónica del locutorio. Estaba sentado en el piso de aquella especie de pecera, sosteniendo con fuerza el tubo del intercomunicador. Soltó el teléfono y se miró ambas palmas, pero no vio en ninguna de ellas las escrituras con lapicera negra. “¡Mierda!”, exclamó y tras unos instantes de confusión se puso de pie ante la atónita mirada del encargado. “Flaco, ¿estás bien? Te desmayaste de nuevo. ¿Querés que llame a una ambulancia?”, señaló el comerciante del otro lado de la puerta vidriada, la cual no podía abrir ya que la misma lo hacía hacia el interior y se topaba con el cuerpo del músico, quien ocupaba casi todo el espacio disponible. “No, no, estoy bien. Gracias”, respondió Walter saliendo de la cabina y dirigiéndose hacia la puerta delantera del local.

-¿A dónde vas, pibe?

-A ver a alguien que me va a ayudar.

Una vez en la calle, donde ya no llovía y la luz solar se dejaba ver tímidamente, Walter caminó entre los charcos hasta la estación de subte más cercana para llegar hasta el *Correo Central*, donde se subió a un colectivo de la *Línea 33* en cuyo parabrisas había un cartel que indicaba que el final del recorrido era “Ciudad Universitaria”. Durante casi todo el trayecto, el joven viajó con la mirada perdida, excepto cuando se detuvo a observar una publicidad gráfica pegada en las paredes de una obra en construcción y que promocionaba la inauguración del primer *Museo de Arte Latinoamericano* en la ciudad, con más de 270 obras de diversos autores reconocidos en todo el continente. “Ahí seguro que debe estar metido el padre de Marina”, se dijo el muchacho al ver aquel aviso.

El joven bajó del colectivo en la terminal ubicada en la calle principal de ingreso al amplio predio universitario compuesto por unas 120 hectáreas, más de 20 edificios y que desembocaba hacia el norte, en el río. Walter pisaba por primera vez en su vida aquel lugar que, a simple vista, le pareció un country por las dimensiones, las callecitas internas y los espacios verdes, aunque mucho más feo y descuidado en cuanto a la arquitectura de las distintas edificaciones que no estaban dispuestas a lo ancho del terreno sino de manera transversal.

Justo frente a él se levantaba la Rectoría y detrás de ésta, una plaza. Lindero con ese espacio se encontraba el Pabellón 1, un edificio de estilo francés, rectangular, de cuatro pisos que rodeaban un patio interno cubierto por la azotea. Casi idéntico, aunque un par de años más nuevo, a juzgar por lo que expresaba su fachada, era el Pabellón 2 que estaba ubicado a la derecha del primero, separado de aquel por un estacionamiento en cuya parte posterior funcionaba la Biblioteca.

Walter abandonó la plataforma a la que arribaban un total de siete líneas de colectivos y atravesó un pequeño jardín central que dividía la calle de acceso en dos

vías de circulación simple. Si se hubiera arrepentido de continuar con su misión y querido abandonar el lugar, podría haber cruzado el puente peatonal sobre la avenida que desembocaba en la estación de trenes. Pero no lo hizo y se dirigió directo al Pabellón 2.

Una vez allí, joven advirtió que a partir del primer piso, a las aulas y oficinas se entraban desde los pasillos que, a su vez, eran enormes balcones que daban al patio interno. Lo mismo que ocurría en los Pabellones 1 y 3, éste último situado a la izquierda de la Rectoría, del otro lado de la plaza central. Y donde terminaba esa tercera casa de estudios comenzaba otro estacionamiento que, al igual que el primero, tenía algunos macetones descuidados en los que predominaba el marrón sobre el verde y unos pocos árboles raquíticos y descascarados, por lo que también funcionaba como un patio al aire libre.

Walter se dirigió a la mesa de entradas y preguntó por el profesor Ángel Quesada, a lo que una de las recepcionistas le indicó que podía encontrarlo en el segundo piso, al fondo, pero que iba a tener que subir por las escaleras ya que los ascensores no funcionaban. Luego, el joven caminó ligero por los escalones de metal y no se detuvo siquiera un segundo para tomar ni un solo volante de los tantos que repartían los miembros del centro de estudiantes. Cuando llegó al final del pasillo se encontró frente a unas oficinas que daban a la parte posterior de la edificación donde se situaba el Auditorio. Al final de la hilera de oficinas vio a un hombre de espaldas que vestía un saco con *pitucones* y trataba de cerrar con llave la puerta de uno de los despachos mientras sostenía un portafolio entre sus muslos.

-Disculpe, ¿usted es Ángel Quesada? -preguntó Walter acercándose al profesor, quien al escuchar su nombre se dio vuelta de inmediato.

-¿Y usted es? -repreguntó Ángel guardando sus llaves en el portafolio.

-Perdón, no quise asustarlo. Me dijeron que lo encontraría acá.

-Si vino por su tesis lamento decirle que llegó tarde. Yo soy el último miembro de la junta que queda y ya me estoy yendo. Así que va a tener que pedir una nueva cita.

-No vengo por ninguna tesis. Me llamo Walter Lima y creo que acabo de venir del futuro.

-¿El futuro? -preguntó el profesor abriendo bien grande sus ojos-. Mire, yo no lo conozco y no me parece gracioso.

-Es en serio. Hablé con su hermano Fabricio Quesada en el futuro y él me dijo que viniera a la facultad a buscarlo. Dijo que me iba a ayudar.

-Ya veo -Ángel hizo una breve pausa y se frotó la barba con la yema de los dedos-. Es una broma ¡Qué ocurrente!

-No es ninguna broma -aseveró Walter con gesto adusto.

-Mire, me gustaría seguirle la corriente pero estoy realmente apurado. Así que le pido que me disculpe, pero me tengo que ir -Ángel dio unos pasos alejándose de la posición del joven.

-Sé que prefiere los conejos a las ratas -indicó Walter apenas Ángel pasó caminando por al lado suyo y al oír aquella frase, el profesor se detuvo y permaneció inmóvil unos instantes, de espaldas a su interlocutor, hasta que giró como un trompo y volvió sobre sus pasos.

-Bueno, ahora usted me va a tener que decir quién le dijo eso -sostuvo Ángel cara a cara con Walter.

-Su hermano Fabricio me lo dijo.

-¿Y cómo conoce usted a mi hermano?

-Lo acabo de conocer en el futuro, cuando me dijo que usted era la única persona que me podía ayudar.

-¿Ayudar a qué?

-No sé exactamente. Pero calculo que a dejar de viajar en el tiempo.

Fabricio se quedó petrificado, posando su pulgar e índice en forma de “L” apaisada sobre su mentón recubierto de vellos claros y lacios, como los que cubrían su cabeza.

-Si lo que usted me está diciendo es cierto, ¿por qué no lo ayudé en el futuro?

-No puedo decirle.

-¿Por qué?

-Porque no querrá saberlo. Se lo aseguro.

-Haga la prueba.

-Mire, no quiero mentirle y si yo estaría en su lugar tampoco creería algo como lo que le estoy diciendo. Pero sólo quiero que alguien me ayude para que todo esto se termine de una buena vez. Ya no aguanto más. Así que, ¿me va a ayudar? Por favor... -  
Walter juntó ambas palmas, como en una plegaria.

El profesor advirtió que la desesperación de aquel desconocido era real, así lo indicaban tanto sus palabras como su lenguaje corporal, por lo que finalmente lo invitó a pasar a su oficina. “Pase, por favor”, le indicó abriéndole la puerta.

Apenas ingresó al despacho, Walter observó que detrás de un biombo de madera estilo campo se ubicaba una larga mesa de madera sobre la que había una serie de máquinas, lámparas, tubos de ensayo y otros artefactos.

-¿Qué es todo esto? -preguntó Walter mirando a su alrededor.

-Acá es donde hago las investigaciones que la Facultad no aprueba y por las que, en más de una ocasión, han querido echarme -respondió Ángel, quien sacó de su maletín un cuaderno de tapa dura, forrado de azul y con numerosas anotaciones distribuidas en páginas cuadradas, las cuales comenzó a revisar frenéticamente.



-¿Qué materia enseña?

-Varias -indicó el profesor tajante y sin levantar la vista-. Mientras tanto, ¿por qué no me cuenta cómo fue su encuentro con mi hermano en el futuro? Cada detalle puede resultar importante.

Entonces Walter le contó que, de la nada, él había aparecido nueve años después a bordo de una camioneta acompañado por dos jóvenes de su edad, aproximadamente, que decían ser sus amigos pero que no los reconoció en ningún momento. Luego, estos muchachos lo trasladaron hasta una chalet donde había otros hombres que también dijeron conocerlo y que lo estaban esperando porque, aparentemente, tenían que hacer algo todos juntos. Y que se generó un gran alboroto a raíz de su desconcierto total, por lo que el dueño de la vivienda llamó a un servicio de emergencias médicas, tras lo cual, Fabricio apareció allí.

-¿Cómo llegó él a ese lugar, Walter?

-No lo sé.

-¿Y qué hizo?

-No mucho. Quiso inspeccionarme los ojos con una linternita y después me preguntó por mis datos personales.

-¿Recuerda dónde quedaba esa casa en la que estaban?

-En el conurbano. Creo que en la zona oeste, pero no estoy seguro.

-En ese caso, mi hermano pudo haber llegado fácilmente porque vivía por ahí, igual que yo.

-Pero el punto es cómo llegué yo hasta ese lugar si vivo en Capital.

-Yo no estaría tan seguro de ello.

-¿Seguro de qué?

-En realidad, de nada -Ángel miró al joven, rascándose el cuello-. Pero quédese tranquilo que algo se me va a ocurrir –agregó y enseguida retomó la lectura de sus anotaciones, mientras el joven permaneció de pie, de espaldas a la entrada y callado, por lo que sólo se escuchaba el “tic-tac” del segundero del reloj de pared ubicado sobre el marco de la puerta.

## XI

Ángel consultaba sus anotaciones en la oscuridad de la oficina y luego escribía con tiza una serie de fórmulas sobre un pizarrón verde, mientras Walter lo miraba atento y aguardaba alguna respuesta. El profesor leía primero y anotaba después, recorriendo los dos metros de distancia entre el escritorio en el que estaba apoyado su cuaderno forrado de azul y el atril de aluminio que sostenía la pizarra cuyos bordes de corcho estaban como roídos. Repitió aquella maniobra unas cuatro o cinco veces, como si el joven patagónico no estuviese allí presente. Sólo se distrajo cuando la visita encendió la luz principal que iluminó todo el ambiente.

-Mi hermano, ¿dijo algo más sobre este encuentro que estamos teniendo aquí y ahora? -preguntó Fabricio, quien hacía resonar la tiza tan fuerte sobre el pizarrón que hería la sensibilidad dental del muchacho.

-No. Sólo me dijo lo que ya le conté.

-¿Es decir que no sabía lo que iba a pasar?

-Creo que no. Sólo consultaba un cuaderno como usted ahora.

Entonces, Ángel se colocó un sobretodo extraño ya que se parecía más a una camisa de fuerza o un delantal industrial.

-Lo que no entiendo -interrumpió Walter-, ¿esto que estamos haciendo va a cambiar nuestro futuro?

-No. En este caso el futuro parece inevitable.

-¿Y para qué es eso? -el joven señaló la prenda con que su interlocutor acababa de cubrirse casi todo el cuerpo.

-Es para la radiación.

-¿Y no me va a dar una?

-No la necesita. Esto se utiliza ante una exposición prolongada, como en mi caso, que hago estas pruebas unas veinte veces al día -aclaró Ángel sin dejar de accionar los botones, perillas y palancas de una máquina ubicada sobre la mesada y que se asemejaba bastante a un transmisor de onda corta, aunque daba la impresión de ser un aparato mucho más potente y complejo.

-¿No se pone nada en la cabeza?

-Ya es un poco tarde para eso. No me serviría de mucho.

Ángel cargó unos datos en el ordenador y luego caminó unos pasos hasta el extremo de la mesa donde descubrió un trozo de sábana sobre una jaula metálica en la que se podía ver un conejo blanco, con sus ojos rojos.

-Esta es *Estelita*. La compré esta mañana para realizar unos *tests* antes de que los protectores de la Facultad de Veterinaria se enteren y pongan el grito en el cielo, como siempre -indicó Ángel y acto seguido colocó al roedor dentro de un cajón de madera, cuya tapa se cerraba tipo cepo, dejando un agujero en el que sólo cabía el cuello del animal, por lo que sólo la cabeza del conejo quedó fuera de esa estructura rectangular.

Una vez que introdujo el inquieto animal en el cajón, Ángel tomó una lámpara y apuntó con ella hacia la cabeza de la coneja.

-¿Para qué es todo esto? -inquirió Walter acercándose al cajón.

-Trataré de hacer despegar a Estelita del tiempo, lo mismo que creo que le está sucediendo a usted -el profesor encendió la lámpara de la que enseguida brotó una luz blanca, fuerte e intensa-. Es la primera vez que lo intento con un animal de sangre caliente.

-¿Ah, sí?

-Hasta hoy no estaba convencido de hacerlo pero su presencia ha modificado mi escenario. Como le decía, esto era, o es, inevitable.

La luz blanca recayó sobre el diminuto cráneo del conejo que quedó inmóvil. Sólo la agitación de sus fosas nasales indicaba que seguía respirando. Y lo hizo con suma aceleración durante unos segundos, en los que Ángel y Walter observaron detenidamente y callados hasta que la lámpara se apagó automáticamente.

-¿Qué pasó? -retomó Walter.

-¡Shhh!, todavía no regresó –dijo Ángel mientras se quitaba la protección contra la radiación.

Instantes después, el animal abrió los ojos y comenzó a moverse. “¡Ahí está! Bueno, a ver...”, dijo Ángel tomando una pequeña bandeja metálica del interior de la jaula de Estelita y colocándola en la esquina opuesta de la oficina a la que ellos se encontraban.

Luego, el profesor sacó al conejo del cajón y lo soltó en el piso, tras lo cual, el animal empezó caminar directamente hacia esa esquina. “Vamos, vamos. Tu puedes”, repitió el profesor siguiendo los pasos de Estelita hasta que ésta alcanzó la bandejita metálica sobre la que orinó. “¡Funcionó!”, exclamó Ángel.

-Discúlpeme ¿pero qué tiene de interesante que una coneja haga pis en una bandeja de metal?

-Es muy interesante porque los conejos, sin adiestramiento, hacen sus necesidades en cualquier lado. Y si bien son animales muy inteligentes, tardan días y hasta semanas en aprender que la bandejita es su baño. Y, además, en la primera etapa hay que enseñarle a hacerlo adentro de su jaula, ¿entiende?

-Más o menos. Es como si hubiese enviado al conejo al futuro para que aprendiera a usar la bandeja, ¿no?

-Podría decirse que sí.

-Pero, ¿cómo hizo para viajar en el tiempo si no se movió del cajón?

-Es que el cuerpo del animal no viajó. Sólo fue su mente –Fabricio corrió hasta un pizarrón donde borró lo que estaba escrito.

-¿Cómo yo?

-Exactamente.

-¿Y este experimento que acaba de hacer como me va a ayudar a mí?

-No lo sé aún. Debo analizar estos nuevos resultados. Lo que acaba de presenciar es un adelanto científico cuyo alcance es incierto, mi amigo. Y estas cosas llevan tiempo, a veces, bastante.

-Pero yo no puedo perder más tiempo. Quiero terminar con todo esto lo antes posible. ¡Ya no sé ni adónde tengo que ir! –exclamó Walter dejándose caer en un sillón de cuero marrón situado en diagonal al escritorio.

Por su parte, Ángel continuó con su trabajo como si fuese lo único importante en su mundo, hablando en voz baja, repitiendo palabras y números, y escribiendo frenéticamente y ejerciendo tanta fuerza sobre la pizarra que se le partieron un par de tizas.

-¿Por qué me está pasando esto? –lo interrumpió Walter colocando su codo en uno de los bordes laterales del sillón y el brazo abierto en 90 grados para poder depositar la coronilla de su cabeza en su palma, formando una especie de cetro.

-No lo sé, todavía –el profesor hizo una brevísima pausa para consultar las anotaciones de su cuaderno-. Lo único que puedo asegurarle es que hay una razón detrás de todo esto, aún desconocida para nosotros, pero la voy a descubrir. Porque en la vida no hay grandes misterios, todo ocurre por algo, no porque sí.

Ángel terminó de escribir en el pizarrón y miró a Walter, quien esbozó un gesto de negación con ligeros movimientos laterales de su cabeza hasta que se detuvo al ver la jaula donde estaba la coneja, inerte.

-¿Qué le pasó? -preguntó el muchacho levantándose del sillón.

-Murió.

-¿Cómo?

-De un aneurisma cerebral, supongo. Más tarde le haré la autopsia.

-¿Y eso me va a pasar a mí?

-Los efectos pueden variar de caso en caso, dependiendo de los viajes, si duran más o menos tiempo. Ahora no puedo definir un patrón, es muy pronto.

-¡Dígame la verdad! -ordenó Walter tomando a Ángel de las solapas de su saco-. Si esto me sigue pasando, ¿voy a morir?

-No lo sé. Creo que el cerebro de Estelita entró en una especie de corto circuito. En los saltos entre el presente y el futuro no pudo diferenciar uno del otro.

-Entonces, ¿cómo tengo que hacer yo para poder diferenciar un tiempo del otro sin que me explote la cabeza? -el joven soltó el saco del profesor y dio unos pasos hacia atrás.

-En base a su presencia aquí y a los últimos eventos –explicó Ángel acercándose nuevamente al pizarrón-, creo que la única forma de que se produzca la identificación es encontrando algo que le resulte conocido o familiar en un tiempo y también en el otro. Una referencia. ¿Entiende?

Walter se quedó callado, tratando de descifrar las indicaciones de Ángel.

-¿Y qué puede ser esta referencia? –preguntó el joven patagónico al cabo de unos instantes de cavilación.

-Podría ser una persona que usted conozca y que exista aquí y también en el futuro. Pero debe ser de su confianza, alguien que realmente le importe.

-Creo que ya sé quién puede ser.

-¡Perfecto! Ahora bien, cuando vuelva al futuro debe hacer algún tipo de contacto con esa persona.

Entonces, Walter tomó el teléfono que estaba sobre el escritorio y comenzó a marcar un número.

-¿A quién llama?

-A mi referencia.

-De acuerdo -asintió el profesor, quien ahora acomodaba algunos papeles apilados junto al teléfono-. ¡Ah!, otra cosa: tenga mucho cuidado cuando ande por ahí, solo. Los desmayos podrían volver a ocurrirle en cualquier momento y lugar. Y, sobre todo, evite situaciones estresantes porque funcionan como un disparador.

“Deje su mensaje después de la señal”, se escuchó desde el contestador de la línea telefónica de la casa de los Williams, tras lo cual, Walter salió de la oficina sin despedirse de Ángel y abandonó el pabellón. Pero apenas alcanzó a recorrer la mitad del estacionamiento trastabilló y cayó sobre uno de los macetones. Y justo antes de quedar inconsciente, el joven miró hacia al sur y alcanzó a descubrir que a la derecha de la calle principal nacía un camino que desembocaba en el área deportiva del predio en la que había varias canchas de fútbol, una pista olímpica, tribunas y vestuarios. Pero aquella postal no terminó de armarse en su campo visual ya que éste pareció desaparecer en un agujero negro.

Walter encendió sus luces nuevamente y a pesar de la irritación ocular pudo ver claramente la figura de Fabricio, quien se encontraba parado frente a él, observándolo detenidamente. Justo detrás de éste estaban Sergio y Francisco, con idéntica postura. En ese momento entró Enrique a la habitación y le ordenó al médico que dejara de intervenir hasta que llegara una ambulancia para efectuar el traslado del músico quien,



al escuchar esa advertencia, pegó un saltó y corrió hacia la puerta, llevándose por delante a todos los presentes y provocando con su empujón una ráfaga que descolgó algunos de los *posters*. “¡Gracias!”, le dijo, a la pasada, a un atónito Fabricio.

Ante esa situación, el bajista, el baterista y el guitarrista salieron corriendo detrás del líder de la banda y lo alcanzaron junto a la camioneta estacionada en la puerta del estudio. “Yo no los conozco, pero parece que ustedes a mí sí. Y si realmente son mis amigos, necesito que me saquen de acá ahora mismo, por favor”, dijo Walter a los otros tres músicos que intercambiaron unas fugaces miradas cómplices que alcanzaron para ponerse de acuerdo. Y sin perder más tiempo, los cuatro integrantes de *La Portezuela* abordaron la camioneta y abandonaron el lugar a toda velocidad.

En tanto, el *manager* y productor del grupo y Enrique no pudo evitar la rauda partida de los músicos. “Yo me encargo, Quiquín”, indicó Carlos tras unos instantes de duda e inmediatamente abordó su auto en el que salió detrás de la camioneta, a pesar de que ésta ya le había sacado una clara ventaja y se había perdido de vista.

-¿Estás bien? -preguntó Sergio a un Walter que se miraba en el espejo retrovisor pegado en el centro del parabrisas de la Volkswagen.

-Necesito ubicar a mi exnovia.

-¿A quién?

-A Marina.

-Sólo la conozco por tus comentarios, amigo. No sabría cómo localizarla.

-Bueno, no importa. Tengo que contactarla de alguna manera.

-Me parece que este no es el mejor momento para ver a una exnovia, sino de que vayas a descansar y después ver a un médico.

Walter estaba sentado en medio de Francisco y Sergio mientras Daniel viajaba en el asiento trasero del vehículo y miraba hacia la luneta de las puertas traseras en busca del auto de Carlos. Menos mal que no bajé las violas en el estudio, pensó el guitarrista aliviado, sabiendo que el productor las iba resguardar, pase lo que pase, en su coche.

-¿De qué están hablando ustedes? -preguntó luego Daniel, cuyo cuerpo se sacudía sobre el asiento ante una nueva maniobra brusca del conductor que guiaba su camioneta por calles repletas de baches, lejos de las avenidas que seguían con el tránsito colapsado debido a las desviaciones surgidas de las tareas en el túnel del paso bajo a nivel.

-De nada -Sergio se volvió hacia Daniel y colocó su dedo índice sobre sus labios, a espaldas de Walter-. Francis, mejor dejarnos en casa. A la noche nos reunimos a la hora del ensayo, ¿sí?

-¿Estás seguro? -preguntó el conductor-. ¿No preferís que te acompañemos?

-No va a hacer falta. En casa seguro están mis viejos. Y si llega a pasar algo, les aviso. Vayan tranquilos. Y lo mismo ustedes: si saben de algo llamen. Eso sí, acuérdense de llamar al fijo de mi casa porque los celulares siguen bloqueados.

Paralelamente, en el estudio de Enrique, éste presionaba a Fabricio para obtener alguna explicación de lo que acababa de ocurrir y le aclaraba que de ninguna manera iba a hacerse cargo de las potenciales consecuencias de los recientes sucesos. “Si le diera más detalles no lo entendería, pero quédese tranquilo. No va a pasar nada malo”, indicó el médico saliendo del chalet, sonriente.

El empresario discográfico lo siguió hasta la vereda donde se quedó parado, con sus brazos en jarra, viéndolo subir a su Corsa y retirarse del lugar sin ningún

comentario. “Espero que no me vuelvan a llamar del trabajo. Por hoy es más que suficiente”, se dijo Fabricio mientras conducía en dirección a su casa.

A varias cuadras de distancia, Walter se tomaba de las rejas del frente de la casa de Sergio ya que el vibrante viaje en camioneta le había provocado un fuerte mareo. Al ver que su amigo amagaba con caerse al piso, Francisco y Daniel volvieron a insistir en quedarse junto a ellos, pero el bajista les aseguró que estaba “todo bajo control”, tras lo cual, ingresó a la vivienda con Walter y los otros dos músicos se fueron.

-Necesito usar tu teléfono. Este aparatito que tengo acá no sé para qué me sirve - dijo Walter agitando en su mano el celular que acababa de sacar de uno de los bolsillos de sus vaqueros y que se había quedado sin batería.

-Subamos a mi pieza y hablá desde ahí -Sergio señaló las escaleras que llevaban a la planta alta-. Y cuando termines de hacer tu llamada vas a tener que decirme qué carajos te está pasando, ¿sí?

Los dos muchachos subieron los escalones a las corridas, perseguidos por *Gonzalo*, el peludo perro de la familia Tours. Una vez en el interior del dormitorio del bajista, Walter tomó el teléfono, marcó el número y esta vez lo atendió una mujer, aparentemente una empleada doméstica.

-Me llamo Walter Lima y estoy buscando a Marina.

-La señorita Marina ya no vive más acá.

-¿Y dónde vive? ¿Tiene el teléfono de su nuevo domicilio?

-Mire, yo no estoy autorizada para darle esa información.

-Entonces puedo hablar con el señor Williams, por favor. Es una emergencia.

-Lo lamento, pero el señor tampoco se encuentra.

-Por favor, señora, ayúdeme -Walter procuraba no alterarse para convencer a su interlocutora-. Esto es una emergencia y necesito saber dónde puedo encontrarlo.

-Mire, joven, lo único que sé es que el señor Williams tenía un compromiso muy importante en el museo. Más no le puedo decir.

En ese momento, Walter recordó aquellos afiches que había visto desde el colectivo, cerca del locutorio, en la Capital, y decidió arriesgarlo todo y seguir sus instintos. Tras colgar el teléfono, el músico se sintió mareado nuevamente y las ideas comenzaron a mezclarse en su mente. Así se quedó sentado en una silla ubicada junto al escritorio. Miró hacia la repisa incrustada en la pared y vio un almanaque. “Es verdad. Estamos en 2010”, dijo sorprendido.

-Mañana es el Día de la Primavera -explicó Sergio, quien advirtió que Walter tenía sangre en la nariz, por lo que le entregó un pañuelo descartable. El joven patagónico comenzó a limpiarse, pero volvió a desmayarse con el pañuelo de papel hecho un bollo en su mano derecha.

Francisco condujo su Volkswagen bordeando las vías hasta el recoveco más al oeste del partido. Pasó por el frente de la vieja automotriz reconvertida en un polo industrial hasta llegar a un barrio de casas bajas y veredas amplias adornadas con paraísos. Un compañero del trabajo le había comentado que en un chalet ubicado frente al terraplén ferroviario cubierto de pasto y en el que había un pino tan viejo como alto, unos chicos habían montado una especie de espacio cultural donde se practicaban diversas artes, como la música, la pintura, la danza y hasta la escultura en bloques de hielo. También se llevaban a cabo otras prácticas más modernas como la denominada “telas”.

-¿Dónde estamos yendo? -preguntó Daniel, quien tenía sus pies subidos al tablero del vehículo y fumaba de su propia planta.

-Quiero ver esta casa que remodelaron porque cada quince días hacen una fiesta y tocan bandas. Dicen que tiene mucha, pero mucha onda -respondió el conductor, al tiempo que estacionaba junto al cordón de la vereda, a la altura del portón de alambre de la entrada a la vivienda, cuyo terreno, custodiado en su perímetro por una flaca ligustrina, ocupaba toda la esquina.

-Me parece bien pero, ¿no te preocupa que le puede estar pasando a Walter y a Sergio? ¿No será mejor que volvamos, por las dudas?

-No va a pasar nada. Walter siempre fue medio loco y Sergio lo conoce bien. Entre ellos se entienden a la perfección. Quedate tranquilo.

-Sí, eso se nota -el guitarrista bajó los pies del tablero y se sentó derecho-. Y ya que estamos hablando de Walter y Sergio, quería decirte, porque antes no pude encontrar la oportunidad más adecuada, que me alegra mucho que hayas vuelto a la banda.

-A mí también. La verdad es que lo extrañaba.

-Nosotros también. Bah, de Sergio y Walter no tengo que decírtelo porque los conoces mucho mejor que yo, pero me gustaría que sepas que yo también promoví que volvieras, más allá de que no fui con ellos dos a convencerte y a ofrecerte la ayuda que quizás estabas necesitando.

Francisco sacó las llaves del tambor, las apretó en su puño y se ubicó de costado para quedar cara a cara con Daniel, quien había terminado su *tuca* y ahora subía la ventanilla.

-Está todo bien, Dani. Yo sé que siempre fui medio corto con vos desde que entraste a la banda y dejamos de ser un trío. Pero también reconozco que siempre me apoyaste. Además, no tenías ninguna obligación a ayudarme. Nadie la tiene.

-Ya lo sé, pero por ahí vos pensaste que no aporté plata porque no estaba de acuerdo con esa decisión.

-Para nada, chabón. Lo mismo que le dije a Sergio y Walter en su momento, te lo digo ahora a vos: me terminé dando cuenta de que el problema de la plata era secundario y que yo solo me las podía arreglar.

-Bueno, me alegro que pienses así -Daniel estiró su brazo y estrechó la mano de Francisco, tras lo cual, ambos músicos descendieron de la camioneta y se dirigieron hasta el portón del chalet. Estaba anocheciendo y desde la vereda se podía observar que en el jardín, alrededor del gran pino, habían encendido unas antorchas con querosén de las que se desprendía un hilo de humo negro que atravesaba la claridad que aun flotaba en el ambiente y se resistía con sus últimas fuerzas a despedirse hasta el día siguiente.

Los dos muchachos golpearon las manos para anunciar su llegada y se sentaron a esperar en un tronco situado junto a la vereda que solía ser usado como un banco. Francisco encendió un tabaco y exhaló una larga bocanada por encima de su cabeza.

-¿Volviste a fumar? No sabía –se sorprendió Daniel, con su infaltable relajó, el que únicamente dejaba de lado cuando se concentraba en tocar las seis cuerdas, y lo bien que lo hacía.

-Más o menos. Vos sabés cómo es esto: los viejos hábitos son muy difíciles de matar.

-Casi imposible.

Francisco y Daniel rieron a carcajadas y mientras aguardaban a ser recibidos el primero permaneció mirando con detenimientos hacia el interior de la propiedad.

-Ahora que veo este lugar –retomó el baterista poniéndose de pie- me vienen a la mente un montón de recuerdos de cuando todavía éramos un trío y tocábamos dónde sea, a la hora que sea y con quien sea.

-Ajá.

-Una vez tocamos en una casa tomada que unos conocidos de Sergio habían ocupado para que no se convirtiera en un “aguantadero” de chorros y transas.

-¿En serio?

-Sí. Esos pibes aprovecharon que la casa daba a una calle de tierra sin salida a la avenida y construyeron un escenario de cemento junto a la vereda y así empezaron a organizar festivales de bandas.

-¡Qué buena onda!

-Muy buena. La cagada es que nosotros tocamos un sábado de invierno que hacía cero grados. Entonces, los pibes prendieron unas fogatas en esos tachos grandes de aceite con los que rodearon el escenario para poder calentar un poco el lugar.

-Claro.

-Pero hacía tanto frío, y había tanto humo, que la mayoría de la gente se quedó adentro de la casa, que se caía a pedazos, y sólo unos pocos valientes nos vieron tocar sentados junto al fuego, sobre unos postes de luz tumbados en la calle, que como ya había sido cortada al tránsito hacía varios meses estaba cubierta de pasto.

-¡Qué raro todo!

-Demasiado. Es más, tocamos con campera, gorro de lana, bufanda y guantes, así que imagínate.

-¡Jajá!

-Y entre tema y tema tomábamos una copita de vino para entrar un poco en calor.

-Está bien.

-Y, como si todo eso fuera poco, Walter estaba re pesado y nos volvió locos a Sergio y a mí.

-¿Por qué?

-Porque Sergio y yo estábamos realmente congelados y él nos decía: 'Esto no es nada. Frío es cuando te quedás encerrado en una cabaña en el medio de la montaña porque la nieve te tapa las puertas'.

-¡Qué hijo de puta! —exclamó el guitarrista golpeando ambas palmas sobre sus muslos-. Es terrible Wally.

-Igualmente, estuvo bueno. Porque el poco público se copó con la banda y se puso a agitar las fogatas con ramas y a hacer *pogo* alrededor de las llamas, como si fuera un ritual.

-Como en esas películas sobre tribus primitivas...

-Exacto.

-¡Cómo me lo perdí!

-Y otra vez, creo que la última antes de que te sumes vos, tocamos en una feria de artesanías que se hizo en una quinta con un jardín gigante, con pileta y todos los chiches.

-Bien ahí.

-Eso estuvo mejor porque más allá de que también fue raro ya que mientras nosotros tocábamos en un patiecito de dos metros por dos metros la gente estaba de compras, la feria se hizo a la tarde y el clima estuvo agradable.

-¿Y cómo terminaron ahí?

-A través de Sergio, como siempre.

-¿Otra idea suya?

-Sí, pero esta vez se debió a que él en esa época estaba saliendo con una *hippie* artesana que justamente fue una de las organizadoras de esa feria.

-Con razón.



Los dos músicos volvieron a reír unos instantes hasta que desde el interior del chalet la voz de un joven les indicó que estaba abierto y que podían pasar directamente. La entrada estaba sin candando, por lo que el baterista corrió el pestillo del portón y ambos ingresaron. En el patio había un galpón en el que unos chicos guardaban cajones con botellas de cerveza y otro tipo de bebidas alcohólicas. Uno de los moradores reconoció a los recién llegados y dejó lo que estaba haciendo para ir a saludarlos. “Por fin aparecieron los chicos de *La Portezuela*. Ustedes no podían faltar en este lugar”, dijo a Francisco y Daniel, quienes se miraron entre sí tratando de adivinar el nombre del anfitrión que inmediatamente les ofreció una visita guiada por el chalet.

Era una construcción antigua y en su interior no había un solo mueble, excepto una mesa de plástico blanca, como las de jardín, con algunas sillas del mismo color y material apiladas en un rincón del living comedor. Este ambiente estaba separado de la cocina por una barra que habían improvisado con un tablón y un par de caballete. Allí, se expendían las bebidas y también se preparaban algunos sándwiches. En el extremo norte del living, adornado en una de sus paredes laterales por un hogar con chimenea, estaban las dos torres de sonido que delimitaban el espacio donde se ubicaban los instrumentos y los músicos al momento de tocar. Al cruzar una amplia arcada se llegaba al baño y junto a este había un dormitorio que se utilizaba como camerino.

Tras el recorrido, Francisco y Daniel quedaron encantados con el lugar y aseguraron a los organizadores que en la próxima fiesta iban a tocar en vivo, con la única condición de ser la banda que cerrase el festival para poder disponer de todo el tiempo que ellos quisieran, lo que les fue concedido sin problemas. “Es ideal para tu regreso a los escenarios, Francis”, dijo el guitarrista una vez que abordaron la camioneta para dirigirse al departamento de Walter donde estaba previsto ensayar esa misma noche, aunque los sucesos de las últimas horas podrían modificar esos planes.

## XII

Walter se despertó tirado sobre el macetón del estacionamiento ubicado entre los pabellones 1 y 2 de Ciudad Universitaria. El lugar ya estaba casi en penumbras. Se paró con esfuerzo mientras la gente pasaba caminando por su lado, sin dirigirle una sola mirada, como si nada, como si él no estuviese realmente allí. Las aulas empezaban a poblarse con los estudiantes del turno noche que llegaban apurados desde sus puestos de trabajo. Podrían poner un servicio de transporte interno, como unos mini buses, porque este lugar es inmenso, pensó el muchacho y luego se pasó la mano por las fosas nasales advirtiéndole que no había rastros de sangre, lo que le dio cierta tranquilidad, aunque después de cada “viaje” se sentía al borde del colapso total.

Tras un breve reordenamiento de sus ideas, el joven músico se dirigió hasta la parada de colectivos y con lo justo pudo abordar un interno de la Línea 33. Al abandonar el predio universitario, apoyando su cabeza en el vidrio fresco de la ventanilla, vio que hacia la izquierda de la calle principal se esparcía una especie de bosque tenebroso y entre su vegetación divisó un fino reflejo de luz sobre una superficie acuática. Era el denominado “pantano”, formado por una bahía artificial donde se había instalado una nutrida variedad de aves como patos, garzas, caranchos y tordos; y también algunos mamíferos como ratones, coipos y murciélagos. La flora se constituía, básicamente, por especies locales, entre las que se destacaban los espinillos y talas, combinadas con los implantados eucaliptos, fresnos y álamos plateados.

Sin poder apreciar aquel agreste paisaje por la repentina llegada de la negrura nocturna, Walter continuó con su nuevo viaje a bordo del colectivo y hacia el *Bajo porteño*, cerca de la autopista que conducía a la zona del *Aeroparque*, donde iban a inaugurar el nuevo Museo de Arte Latinoamericano.

El joven llegó hasta un viejo edificio que había sido restaurado como un castillo post moderno, situado en el centro de una plazoleta que parecía una isla verde emergiendo, contra natura, de entre dos anchas avenidas. En ese momento, dentro del museo se llevaba a cabo una especie de ceremonia de la que participaban diferentes artistas, dueños de galerías, coleccionistas y funcionarios del área de Cultura y Educación del *Gobierno de la Ciudad*. También había muchos periodistas y reporteros gráficos, por lo que tránsito en la avenida con sentido norte-sur había sido cortado y los vehículos se concentraban en la arteria de la mano contraria y daban la vuelta pasando por detrás del edificio de la *Facultad de Derecho*.

Entre las luces de colores que surgían del suelo de la sala de exposiciones, Walter visualizó al padre de Marina, *Roberto Williams*, un hombre calvo, de ojos claros, cuello corto y ancho de espalda, lo que dejaba en evidencia su pasado como jugador de rugby. Estaba vestido con un impecable traje color gris topo, como en casi todas las anteriores ocasiones en que lo había visto en persona, y se encontraba sentado junto una mesa redonda ocupada por otras personas también elegantes y en cercanías al escenario donde desfilaban los oradores que no repararon en gastar elogios desde el estrado.

El joven quiso acercarse a Williams pero un hombre de seguridad, no quedó claro si era guardaespaldas o trabajaba para la custodia privada del museo, se lo impidió. “Necesito hablar con el señor Roberto, por favor”, pidió Walter pero el custodio le dijo que lo sentía pero no podía dejarlo pasar.

Instantes después, el padre de Marina se levantó de la mesa para ir al baño, aprovechando que todavía faltaba un rato para que diera su discurso, y desde su posición alcanzó a ver a su exyerno, por lo que fue él quien se acercó hasta donde estaba el recién llegado.

-Roberto. Roberto -repitió Walter levantando su brazo derecho-. Soy Walter.  
Walter Lima.

Mientras se acercaba, el señor Williams indicó con un gesto de su dedo pulgar que estaba todo OK, por lo que el custodio dejó pasar al muchacho.

-¿Qué estás haciendo acá Walter? -preguntó el padre de Marina una vez que estuvo cara a cara con su ex yerno.

-¿Podemos hablar? -inquirió Walter, quien al igual que el señor Williams no atinó siquiera a estirar su mano para saludarse.

-Acompañame -dijo Roberto siguiendo de largo y ambos hombres salieron del salón principal de la planta baja donde se desarrollaba la inauguración y se dirigieron al sector de los *toilettes*, en el primer subsuelo.

-Querías hablar, hablemos -indicó el empresario artístico mientras orinaba en un mingitorio.

-Necesito ponerme en contacto con Marina y no sé dónde encontrarla. Llamé a su casa y me dijeron que Mari no vive más allí. Por favor, se lo pido. Necesito hablar con ella con urgencia.

-¿Por qué no vas a buscarla al Conservatorio? Creo que mañana o pasado tiene clases. Como verás, yo estoy demasiado ocupado ahora.

-Esto no puede esperar. Tiene que ser hoy, lo antes posible.

El señor Williams terminó de orinar silbando bajito y después de acomodarse el pantalón y la camisa dio unos pasos hacia el lavamanos. “Por favor”, volvió a pedirle el joven que permanecía parado junto a la puerta, firme, como si estuviera vigilando la entrada y la salida del baño.

-¿Sabés una cosa, Walter? Si le hubieras propuesto a mi hija irse a vivir juntos o un futuro con matrimonio e hijos ella hubiera aceptado encantada. Pero fuiste

demasiado cobarde -el empresario se refregaba las manos enjabonadas debajo del chorro de agua-. Y ahora, después tanto pensar y pensar, de sentirte culpable y de reprocharte en vano, supongo que te arrepentiste y quieres que ella te de una segunda oportunidad.

-¿Por qué me odian tanto? Usted y su mujer. Si yo no les hice nada malo, jamás  
-Walter se aproximó hacia la posición del padre de Marina.

-No soy yo quien te odia, tampoco mi mujer -el señor Williams sacó una tarjeta personal, la apoyó sobre la mesada que sostenía la pileta del lavamanos y con una pluma escribió en ella-. Y para que me creas, acá te dejo la dirección del lugar donde Mari está ahora. Como muestra de mi buena Fe.

El empresario artístico le entregó la tarjeta a Walter y se retiró inmediatamente con el argumento de que tenía que volver a la ceremonia ya que llegaba el turno de su discurso. El joven músico no lo despidió ni tampoco evitó que se fuera y se quedó mirando la tarjeta, tratando de memorizar los datos que constaban en ella. Recién cuando estuvo seguro de ello salió del museo.

Walter tuvo que volver sobre sus pasos, hacia el norte, pero esta vez, su destino lo encontró un poco más cerca y un tanto hacia el saliente. Según la información brindada por el señor Williams, Marina vivía en una vieja casa ubicada en la zona noreste de la Capital y que funcionaba como una de las tantas oficinas de su padre.

Aquella casona se situaba en un sector de barrancas que en el Siglo XIX había constituido una terraza fluvial que delimitaba los bañados del río cuando este crecía. Luego, con la llegada del tren, fue el terraplén que contuvo las aguas. Y con el paso de los años los urbanizadores fueron ganando tierras hacia el Este mediante rellenados y así se desarrolló un gran y exclusivo negocio inmobiliario.

La extensión de esta zona no superaba tres manzanas, donde, en una época en la que el barrio todavía pertenecía a la provincia y no a la Capital, se había construido una hermosa capilla franciscana. Entre las variadas arboladas (había ombúes, palmeras, paraísos, tilos, robles, ceibos, entre otras especies) se entrecruzaban los senderos peatonales, muchos de ellos con piso de adoquines, lo que brindaba cierto aspecto colonial.

Al bajar nuevamente del 33, Walter siguió uno de esos caminos y pasó por el frente de una réplica de *La Estatua de la Libertad*. Luego, continuó por el sendero hasta atravesar una glorieta donde hacía muchos años los vecinos solían reunirse a bailar mientras que en la actualidad sólo se organizaba, y sólo de vez en cuando, algún show musical para jóvenes. Pero esa noche, bajo la glorieta no había nada, por lo que el muchacho pasó de largo, sin detenerse a admirar su belleza.

Al cabo de unos minutos de caminata, el joven músico llegó hasta la vivienda que buscaba, una construcción de dos pisos con amplias aberturas con marcos de madera y un balcón francés. En la vereda, justo en el ángulo de 90 grados que conformaba la unión de las baldosas con la escalinata de cemento que conducía a la puerta y el césped distribuido simétricamente a ambos lados de la misma, se levantaba un farol antiguo, un signo distintivo de todas las residencias de la misma cuadra.

Walter tocó la puerta repetidamente hasta que Marina la abrió, pero no del todo, ya que no corrió el pasador de la traba.

-¿Walter? -preguntó la joven sorprendida, mostrando sólo parte de su rostro detrás de la puerta entreabierta-. ¿Qué hacés acá?

-Te llamé a tu casa pero me dijeron que no vivís más ahí.

-¿Y cómo me encontraste? -ella corrió el pasador y abrió la puerta del todo, quedando parada en el umbral, con los brazos cruzados sobre el pecho.

-Lo vi a tu papá y el me pasó la dirección de acá. ¿Puedo pasar? -Walter trataba de pronunciar cada palabra con tranquilidad para lograr que su exnovia le creyera lo que estaba a punto de decirle y por lo que había recorrido media ciudad para verla, en vez de darle un portazo en la cara.

-No sé qué es lo que estás buscando, Walter, pero yo ya di por terminada nuestra relación. ¿Entendés? Así que va a ser mejor que te vayas -Marina, quien vestía una pollera larga y negra y un *sweater* de hilo clarito, quiso cerrar la puerta pero él interpuso su brazo y se lo impidió.

-Esperá, esperá, esperá, por favor. Lo único que necesito es que me des dos minutos para poder explicarte lo que me está pasando.

-No quiero. No me interesa -Marina giró la cabeza de costado para no tener que mirar a Walter.

-Mari, yo entiendo por qué estás reaccionando así. Admito que me equivoqué con vos, que nunca tendría que haberte dejado ni puesto en segundo lugar, nunca. Y ahora lo sé, me arrepiento y te pido perdón.

-Si viniste a disculparte ya lo hiciste. Ahora andate -la joven se volvió hacia su exnovio con los ojos vidriosos.

-No vine sólo para eso. Hay otra cosa que necesito decirte, pero tenés que escucharme con atención porque sé que te va a sonar ridículo. Por favor, dejame pasar - Walter sonaba cada vez más impaciente-. Necesito que hablemos.

Marina advirtió la desesperación en la mirada penetrante de Walter y finalmente lo dejó pasar, pero sólo hasta cruzar la puerta apenas lo suficiente para que la cerrara a sus espaldas.

-Decime lo que sea que tengas que decirme y después te vas -ella se quedó parada de frente a la salida, a mitad del living, el cual estaba adornado con un juego de

sillones de cuero color crudo y una mullida alfombra en el mismo tono; mientras él permaneció de pie, prácticamente apoyado sobre la puerta.

-Esto no va a tener mucho sentido para vos porque tampoco lo tiene para mí, pero dentro de nueve años voy a necesitar contactarte y la única forma de hacerlo va a ser llamándote acá. Por eso necesito que me des tu número de teléfono.

-¡¿Qué?! Estás loco.

-Escuchame Mari. Sé que pensás que todo terminó entre los dos, pero no es así. Si hay una parte de vos que todavía cree en nosotros dame tu teléfono.

-¿Y qué me garantiza que no me vas a llamar esta misma noche o mañana?

-Te prometo que no te voy a llamar durante nueve años, hasta el día antes al comienzo de la primavera de 2010. Es en serio.

-Así que ahora predecís el futuro, ¿no? Y si para esa época ya no vivo más acá o si justo ese día no estoy, ¿qué va a pasar?

-No lo sé, Mari. Sólo estoy seguro de que en la casa de tus padres no vas a estar y que yo voy a estar lejos, como perdido. Así que, por favor te pido que me des tu nuevo teléfono y lo demás corre por mi cuenta. No tenés que hacer más nada, si no querés.

Marina dejó escapar las primeras lágrimas, a lo que Walter intentó acercársele para darle un pañuelo descartable y contenerla, pero ella le indicó con ambas manos hacia adelante que se quedara dónde estaba.

-Por favor –continuó el joven-, tenés que confiar en mí.

-Si te doy el número –dijo ella con su voz ahogada-, ¿te vas de acá de una buena vez?

-Sí. Lo prometo.

-4780-3333.



-4780-3333, 4780-3333, 4780-3333... -repitió Walter con sus ojos cerrados y frunciendo el ceño.

-¿No vas a escribirlo?

-No me serviría de nada.

-Claro que no te va a servir porque todo esto es un delirio tuyo.

-Estoy seguro que una parte tuya sabe que no estoy delirando y cree en mí.

-¡Andate ya! –exclamó ella y luego empujó a su exnovio hacia la puerta.

-Acordate: voy a llamarte el 20 de septiembre de 2010 –indicó Walter, quien terminó de pronunciar la frase cuando ya estaba parado en la vereda y Marina del otro lado de la puerta cerrada-. ¡No estoy loco, Mari! ¡Confía en mí! -reiteró él golpeando varias veces la madera de la entrada con su puño apretado.

“Confía en mí”, dijo Walter sentado junto al escritorio de Sergio. “Confío en vos, amigo, ¿pero cómo vas a encontrar a Marina ahora?”, respondió el bajista, quien había permanecido sentado en la cama, escuchando la última conversación telefónica.

-Si querés, vamos a buscarla más tarde. Cuando lleguen mis viejos les puedo pedir prestado el auto, pero vamos a tener que inventar una buena excusa porque si se enteran de todo este lío no me lo van a dar ni en pedo -el dueño de casa su puso de pie y se acercó a la ventana que daba a la calle.

-Ya me acuerdo del nuevo número de teléfono de Mari: 4780-3333, 4780-3333, 4780-3333. Es un número de Capital.

-Excelente -dijo el bajista tomando el teléfono fijo y marcando el número.

-Esperó que esté.

-Yo también -respondió Walter y luego apoyó el auricular en su oído que captaba como del otro lado de la línea sonaba y sonaba pero nadie atendía.

Mientras esperaba ansioso, el joven patagónico recordó que tras haber estado por última vez cara a cara con Marina, ésta cerró la puerta con llave y corrió las cortinas evitando todo tipo de contacto con el exterior, al tiempo que él emprendió la retirada a pie por el mismo lugar por el que había arribado. Y si bien en ese momento sintió una profunda tristeza, una extraña sonrisa se terminó dibujando en su rostro. En ese estado de confusión recorrió la callecita de adoquines adornada con los antiguos faroles que alumbraban la noche ya presente. Cruzó la glorieta en dirección a la parada de colectivos y al pasar por La Estatua de la Libertad se detuvo. “Confía en mí”, susurró el muchacho, cuyos pensamientos sobre Mari se conjugaron con la imagen de aquella figura de cemento erguida frente a él hasta que todo se esfumó.

-¿Hola? –atendió una mujer.

-¿Marina? -preguntó Walter con los ojos bien abiertos y los rastros de sangre aún en su nariz.

-¿Walter?

-Mari, ¡contestaste!

-¡Sí Wally!, ¿dónde estás? –la joven caminaba entre los sillones color crudo del living de su casona.

-Casi no lo puedo creer. ¿Sos realmente vos?

-¡Sí, soy yo! –ella rompió en llanto.

-Al final confiaste en mí.

-No me quedaba otra. ¿Estás bien?

Walter sonrió lleno de felicidad y con lágrimas en sus ojos cansados.

-Sí, estoy bien. ¿Vos?

-Bien, bien. Ya no vivo más en las barrancas. Es más, recién llego de viaje.

-¿Volviste por mí?

-Y sí...

-Te amo, Mari. Siempre te amé.

-Yo también te amo -dijo Marina con la voz entrecortada.

-Quiero ir a verte.

-Dale, vení. ¿Te acordás la dirección?

-Sí, sí. Ya salgo para allá.

-Te espero. No pienso volverme a ir.

-Yo tampoco.

-Lo prometo.

-Yo también.

En ese instante, Marina debió hacer una pausa porque se había quedado sin aliento. “¡Te extraño!”, dijeron ambos prácticamente a coro, tras lo cual, cortaron la comunicación.

-¿Estás bien, Walter? -preguntó Sergio.

-Ahora sí. Gracias Tour -respondió el joven patagónico, que colgó el tubo del teléfono y con la mano que acababa de liberar estrechó la de su amigo.

-¿Cómo te sentís?

-Ella me salvo la vida, hermano.

-¿Recién?

-No. Hace diez años.

Walter se largó a reír mientras Sergio no podía quitarle los ojos de encima.

-¿Qué pasa que me estás mirando así?

-Nada, nada.

-Dale, boludo. Decime.

Pero Sergio prefirió no contarle que se le acababa de cruzar por la mente una catarata de ideas, entre ellas, la frase “extraño ser”, como en aquella vieja canción del rock nacional que tanto le gustaba tanto a él como a su querido amigo.

-Bueno, si no me lo querés decir, ya fue. Lo importante ahora es que me estoy sintiendo bien.

-¡Al fin! –Sergio palmeó a Walter en la espalda y exhaló con fuerza, como si se hubiera sacado un peso de encima-. Entonces voy a tratar de ubicar a los chicos para decirles que está todo bien, que se queden tranquilos.

Pero antes de que Sergio lo hiciera, el teléfono sonó. Era Francisco que llamaba desde su departamento para preguntar cómo estaba todo y avisar que en 15 días la banda tenía nuevo show por delante.

-¿Quién era? -preguntó Walter apenas el bajista colgó.

-Francis. Estaba con Dani y me dijo que arreglaron una fecha para dentro de dos semanas.

-¡Bien ahí! ¿Dónde?

-En el chalet del pino, ¿te acordás?

-Sí, me acuerdo. Lo habíamos comentado en el ensayo de la semana pasada, ¿no?

-Exacto. ¿Qué hacemos ahora? ¿Vamos al ensayo?

-No quiero ser egoísta ni desagradecido, pero prefiero irme directo a Capital.

-Ok. No te hagas drama. ¿Seguro que no querés que esperemos a mis viejos a ver si nos prestan el auto? Vas a tardar menos.

-No hace falta. No tengo ningún apuro. Además, no quiero generarte más problemas, hermano. Ya hiciste suficiente.

-Está bien. Anda tranquilo que yo hablo con los chicos y pasamos el ensayo para otro día.

Entonces Walter salió de la vivienda, caminó las pocas cuadras que la separaban de la estación de trenes y abordó la siguiente formación hacia *Retiro* donde debía hacer una combinación hacia el *Bajo Belgrano*.

Al cabo de un largo rato de reposo y contemplación, Marina seguía maravillada por el espectáculo natural que veía desde la cima del mirador. Continuaba nevando y el cielo permanecía pintado de un celeste intenso, al tiempo que los rayos solares rebotaban en los picos blancos y salían despedidos hasta unirse al reflejo del azul profundo del lago rodeado por las montañas. Toda la villa y parte de la ciudad se alcanzaban a divisar en el fondo de aquel cuadro pintado por una fuerza superior.

Walter se secó las lágrimas de sus mejillas rosadas, tomó la urna que descansaba sobre una inmensa piedra y le sacó el polvo que la cubría. Después, la volvió a colocar bien cerca de sus piernas, entre él y Marina.

-¿Te sentís un poco mejor, ahora? –preguntó ella.

-Sí. Estoy bien.

-¿En qué pensabas?

-Pensaba en que recién ahora me estoy dando cuenta de que la vida de mis viejos no era tan exasperante como yo creía.

-¿Y por qué iba a serlo?

-Es que a mí me molestaba que ellos vivieran en un mundo tan propio, alejados de todo, como desconectados de la realidad. No los podía entender.

-¿Y ahora?

-Ahora creo que ese mundo que los dos fueron creando con los años era muy hermoso. No sé bien como describirlo.

-No sé qué decirte –Marina acarició la cabellera despeinada de Walter-. Me hubiera gustado conocerlos para entender un poco más lo que te pasa.

-A mí también.

-Lo único que puedo expresar en este momento es que estar acá es como flotar en el viento -expresó ella y luego abrazó al joven que tenía la mirada clavada en el paisaje.

-Es cierto, hasta se siente que uno podría volar, ¿no?

-¿Bajamos?

-Estaba esperando eso.

Walter se puso de pie lentamente, con una mano recogió la urna y con la otra ayudó a pararse a Marina, quien una vez reincorporada estiró su campera impermeable hasta que ésta le llegó a la rodilla, se acomodó el gorro de lana que le cubría la cabeza y ajustó la bufanda que rodeaba su cuello. “Apenas se te ven los ojos y la punta de la nariz”, dijo él riendo y finalmente la pareja emprendió el descenso hacia el hogar. Y mientras caminaban juntos a la par, él le cantó una de sus canciones preferidas, de esas que resisten el paso del tiempo:

*En la puerta de mi casa  
Estaba parada Marina  
A la vuelta de esa puerta  
Te encontrás con una esquina  
Y a la vuelta de la vuelta  
Otra vez está Marina  
Una niña y una carta  
Las canciones de otros días  
El buzón equivocado  
Un cigarro y una herida  
Y una leve borrachera  
Pasa factura de día...  
Ya no te acuerdas de mí  
Ya no te acuerdas del sol*

*Y es que estás donde estás ....  
Ya no te acuerdas de mí  
Ya no te acuerdas del sol  
Y es que estás donde estás  
¿Dónde estás? ¿Dónde estás?....  
Ante todo está la nada  
Ante nada está Marina...  
No creo estar confundido  
Si te digo la verdad  
La verdad de un mentiroso  
Que no le ha temido a nada...  
Ya no te acuerdas de mí  
Ya no te acuerdas del sol  
Y es que estás donde estás ...  
Ya no te acuerdas de mí  
Ya no te acuerdas del sol  
Y es que estás donde estás  
¿Dónde estás? ¿Dónde estás?  
¿Dónde estás? ¿Dónde estás?  
¿Dónde estás? ¿Dónde estás?  
¿Dónde estás? ¿Dónde estás?...  
En la puerta de mi casa  
Ya no estaba más Marina...  
Y a la vuelta de esa puerta  
Te encontrás con una esquina  
Y a la vuelta de la vuelta  
Quiere Dios que esté Marina...  
¿Dónde estás? ¿Dónde estás?  
¿Dónde estás? ¿Dónde estás?*

*Buenos Aires, marzo 2011.*